

Max Herrador

# EL MARABÚ

capítulo I  
MARFIL NEGRO

La épica de nuestras  
afrodescendencias



Max Herrador

# El Marabú

Capítulo I

**Marfil Negro**

**LA ÉPICA DE NUESTRAS  
AFRODESCENDENCIAS**

863.44  
H564o Herrador, Max. 1971-  
El Marabú : capítulo I marfil negro la épica de nuestra  
afrodescendencia [recurso electrónico] / Max Herrador ; editora Mercé  
slv Jasmine Campos ; revisión antropológica Gregorio Bello Suazo ;  
colaboración Marielba Herrera ; diseñador web Adolfo Martínez. -- 1ª  
ed. -- San Salvador, El Salv. : [s.n.], 2023.  
1 recurso electrónico, (246 p. ; 28 cm.  
Datos electrónicos : (1 archivo, formato pdf, 7.73  
mb).--<http://www.maxherrador.com>.  
ISBN 978-99961-2-834-9 (E-Book, pdf)  
1. Novela salvadoreña. 2. Literatura salvadoreña. I. Título.

BINA/jnh

**2023**

©Autor: **Max Arturo Herrador Maravilla**

**Editora:** Jasmine Campos

**Revisión antropológica:** Gregorio Bello Suazo

Agradecimiento por la colaboración adicional a la antropóloga Marielba Herrera

Diseño gráfico y diagramación: **Info-m@x** (soluciones comunicativas)

Imágenes de portada e interiores: Generador de imágenes de inteligencia artificial

Diseñador web maxherrador.com: **Adolfo Martínez**

Primera edición, San Salvador, El Salvador, 2023

**ISBN: 978-99961-2-834-9 (E-Book, pdf)**

**maxherrador.com**

# EL MARABÚ

## CAPÍTULO I - MARFIL NEGRO

(*NIGRUM EBUR*)

Era el año 1575 y una flota de barcos portugueses arribaba a las costas del Wólof, Senegal, en el océano Atlántico, el punto más occidental del continente africano. Hoy en día este lugar es conocido como el puerto de Dakar, en la península de Cabo Verde.

Thabo Camara Traoré era el comerciante africano que los esperaba afanoso en cada temporada; él era su contacto local, el anfitrión, el dignatario, el mansa de Malí.

Thabo extendía su mirada en el horizonte norte divisando un sinnúmero de naves mercantes que aparecían una tras otra; nunca a sus casi cincuenta años había visto tantas como en ese verano. Alzaba su vista rauda en silencio, enigmático; al verlo era imposible no darse

cuenta de su gran porte: un africano de casi dos metros de alto, característica inequívoca de la nobleza mandinga. Era un cortesano islámico descendiente de Sundiata Keïta, el legendario guerrero maliense fundador del imperio.

Thabo vestía en esa ocasión una túnica de lino celeste que le llegaba a los pies y que junto con el viento marino ondeaba recia, como bandera enorme inspirando autoridad, pero en realidad eran más impresionantes los bordados de color amarillo encendido que le circunvalaban el cuello y las mangas; estos figuraban líneas y óvalos que se entrelazaban de manera simétrica, contrastando con el vestido de tono claro y su piel morena oscura. El fino entramado de las grecas africanas decía mucho de él; su presencia, su estilo único, dejaba entrever su linaje.

Eran épocas divergentes tanto para africanos como para europeos. Las rutas transaharianas que cruzaban el desierto estaban casi cerradas y el comercio atlántico parecía ser el futuro de los imperios del centro del continente, como el de

songay, Malí y los reinos del Hausa; sin embargo, nada estaba escrito, nada era seguro para esos años y Thabo Camara Traoré lo olía en la brisa marina que soplaba del norte, mientras alzaba su nariz para respirar de manera lenta y profunda, cerrando a medias los ojos en clara agudeza al afinar sus sentidos. Era bien sabida su astucia no solo por ser conocedor y letrado, educado en las madrazas de Tombuctú, sino por ser un marabú.

Los portugueses, por su parte, habían despuntado entre los europeos como los comerciantes de ultramar por excelencia, guerreros sí, pero sin perder el norte como mercaderes; sin perder el rumbo apuntaban sus brújulas como audaces comerciantes de mosquetes, ron, caballos y bordados ingleses, y luego del *parley* africano llevaban marfil negro por el cruce interoceánico hasta las Américas para lograr su objeto final, que siempre fue retornar a su capital Lisboa, con obscenas cantidades de plata y oro.

Portugal era el reino sureño del norte, el país del temple que paría exploradores y adelantados, marineros astutos, cartógrafos y constructores de navíos, capitanes y almirantes sagaces.

**Ciento cincuenta años atrás**, en 1425, cuando se inició la navegación para conocer los confines del mundo, los portugueses le perdieron el miedo al mito del colofón del mundo y dejaron de temer a las leyendas que hablaban del fin del océano, del borde que figuraba como el último horizonte y que se terminaba tragando los barcos al infinito incierto, donde los marineros y sus naves caían en un abismo sin tener oportunidad alguna, yéndose al vacío.

En ese entonces se tenía la creencia de que los mares rebalsaban sus aguas al final de la línea panorámica y corrían en una catarata infinita y turbulenta al decanto descomunal de la mismísima tierra, imaginada por los monjes medievales como una cazuela gigante. A finales



de la Edad Media aún creían que el mundo era plano.

Hablamos del tiempo cuando los europeos decían que en esa parte de África se concebía la frontera austral del planeta, más allá de las encrespadas montañas del Atlas marroquí, los montes donde los antiguos griegos ubicaban al corpulento Titán, quien convertido en roca sostenía en sus hombros el firmamento. Más al sur estaba el mar azul, ya con aguas cálidas, y exactamente ahí en ese lugar hay una lengua de granito sólido que ingresa mar adentro, conocida esa península mística como cabo Bojador, en el África occidental, a mil quinientos kilómetros al norte de los territorios del Wólof en Cabo Verde, lugar donde inicia nuestra historia.

Bojador fue el péndulo donde los vientos cambiaban en forma estrepitosa hacia el interior del Atlántico, dejando de ser constantes brisas que corrían de norte a sur, paralelas a las costas africanas, para convertirse de repente en una corriente robusta con dirección a mar adentro y

cuando las embarcaciones llegaban hasta ese punto obtenían un pase sin retorno rumbo a ultramar, pero los portugueses lograron por fin romper esos augurios y demostraron que todas esas quimeras contadas por los marineros en las fondas de los puertos mediterráneos sobre monstruos oceánicos, el Kraken y Leviatán, mares hirvientes y el borde catastrófico del mundo que los griegos dataron eran falsas, aclarándole a los burgueses y banqueros, a los reyes y al clero que toda explicación era tecnológica, solo se necesitaba el uso correcto de los vientos e innovadoras velas y mástiles que, al usarse con cuerdas y pericia, marcaban la diferencia, así como una nueva generación de



Fue hasta entonces cuando rompieron las falsas creencias de los dioses paganos y, sobre todo, del fundamentalismo animista —el cual profesaron los europeos también, pues no eran tan eruditos como decían ser—, en los albores del Renacimiento, que concibieron de una vez por todas que el mundo era redondo y que había un universo regido por leyes físicas, y racionalizaron la ciencia sobre las creencias en las que depositaron su fe, una fe que nunca les salvó de la peste bubónica —la pandemia negra que puso de rodillas a Europa—, la que padecieron como el azote del dogma por no ver más allá en esa edad oscura del conocimiento que les duró mil años, el Medioevo, y que por fin terminaba.

De pronto les costaba creer en el poder de sus reliquias divinas, en los milagros, en los poderes mágicos de los clavos con los que crucificaron al Nazareno, en el manto sagrado que curaba a los enfermos, en la piedra filosofal y en el santo grial, del que a través de la transmutación de los elementos por medio de una roca sagrada se obtenía el elixir de la vida eterna. Dejaron de

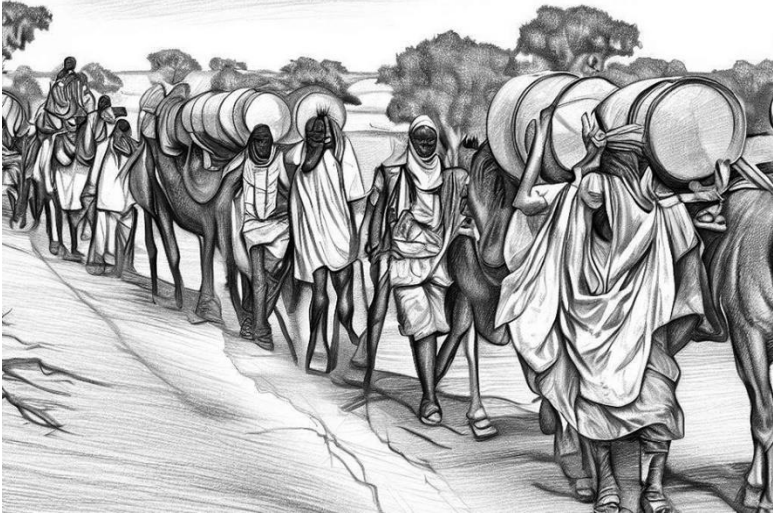
buscar el mito del Preste Juan, a quien aun Enrique el Navegante y Juan II de la nobleza portuguesa del siglo XV buscaron incesantes, tal si fuesen el Quijote contra los gigantes, siendo ellos los últimos monarcas que financiaron sendas expediciones basándose en rumores fabulescos y escudriñaron afanosos el Sahel central africano, desde Mauritania, Tombuctú y los reinos del Hausa hasta la Abisinia en el mar Rojo, buscando otra ruta de las especies y la seda con la esperanza de formar una alianza mítica con el rey de la caballería medieval que tanto mentaban las historias trasnochadas.

Más adelante, a la altura de 1575, los europeos habían cambiado y madurado de una vez por todas; ahora sus élites ya no creían en cuentos quiméricos. Los portugueses, holandeses e ingleses habían llegado para quedarse a África, tomándose las costas como sus nuevas colonias, estableciendo puertos y puntos de comercio, sustituyendo las caravanas de camellos que cruzaban el Sahara de norte a sur, por los barcos de vela sin remos.

**Justo frente al islote de Goreé**, ubicado a mil quinientos kilómetros al sur de la frontera con Bojador, esperaba cada temporada Thabo Camara Traoré a los portugueses, con su caravana de mercancías, en la península rocosa de la costa de arenas blancas, junto a su séquito de sirvientes y fieles lugartenientes. Goreé era un islote frente a la península de Cabo Verde que se convirtió en el primer emporio de los lusitanos y holandeses en su ruta al sur; dicho lugar estaba en el área de influencia del Imperio mandinga, que era islámico, y más al suroriente estaba Porto Novo, en la región de Benín, donde los locales practicaban la religión yoruba.

Thabo era un comerciante de esclavos, oro, marfil, especias y sal, maderas de ébano, pieles de leopardo, dátiles y exquisitas semillas secas; viajaba desde el interior del África central, desde Niani, la capital de lo que quedaba del Imperio maliense, hasta las costas de Senegal, navegando el alto Níger, y cuando terminaba iba por tierra sobre el Sahel hasta llegar a las riberas del río Gambia, luego al final, a la costa occidental,

regiones que en ese momento se conocían como el Wólof y el Casamance, territorios del recién formado reino de Gabú, disidente y exvasallo de los mansas, emperadores de Malí.



Además, era descendiente noble de estos últimos, por lo tanto, su historia iba paralela a la del decadente Imperio maliense, siendo sus ancestros oriundos del territorio malinke o mandé, donde se hablan las lenguas originarias de los mandinga, incluyendo el bambara.

**Thabo se sorprendió esa mañana** de inicios de verano al divisar en el horizonte la cantidad de barcos que junto con la gente blanca arribaban: nunca habían llegado tantos, no terminaba de contarlos; iban surgiendo del horizonte, viéndose a lo lejos primero las velas y luego, poco a poco, los montículos grises que tomaban forma. El traficante y jefe africano contó cuatro carracas de guerra que parecían castillos de madera flotantes con ventanas, balcones y garitas, con mástiles tan altos que superaban el mismo tamaño horizontal del barco, con aparejos de cuerdas y poleas bien entramadas, con un complejo de velas intrincadas una tras otra, y, entre la proa y la popa, un sinnúmero de cañones agazapados a los costados cual peligrosas panteras negras asechando a su presa. Enumeró también cinco carabelas, que eran unos barcos del mismo estilo pero más modestos y pequeños, de dos mástiles; luego, con admiración contempló el grueso de la flota: eran más de veinticinco barcos con una hechura diferente, más largos y anchos que los otros y sin mayor decoración, a

los que llamaban “naos”, los cuales tenían garitas tanto en la proa como en la popa, la mayoría con velas triangulares que al parecer servían para la estricta función de llevar cargas pesadas por el cruce interoceánico.

Los portugueses llegaron más raudos que nunca al inicio de ese verano al Sahel occidental, a las costas de Senegal en los territorios del Wólof.





**Thabo Camara Traoré**, como comerciante y hombre rico, tenía amplias potestades: era afamado y bien conocido por los locales y comerciantes portugueses no solo por ser un mercader astuto, sino por poseer un aura mágica y tener una mirada mística, cosa que nadie sabía a ciencia cierta explicar, aunque él sí conocía su misterio y rechazaba su destino. Cuando caminaba con sus túnicas de colores vivos, ya fueran celeste profundo u otras verde claro, dejaba en su andar una sensación como que si una estela quedase con su presencia en el aire; es probable que fuera por el perfume que usaba, extraído de las esencias de la flores silvestres del Mandé, tierra rica de olores, colores, saberes y haberes.

Él provenía, por parte de su linaje paterno, de los Camara, un clan de comerciantes y pudientes administradores del Imperio maliense, conocidos estos cargos como *farines*, pero por otro lado, por parte de su clan materno, de los Traoré, entre los que había quienes seguían la tradición de ser morabitos o marabús, hombres santos del islam

africano. Como morabitos se les conocía a los subsaharianos que vivían solitarios en ermitas a lo largo del Magreb suroccidental, entre el Reino de Mauritania y los territorios bereberes y tuaregs; los Traoré eran muy respetados y conocidos en la cuenca norte del río Níger y en Tombuctú, territorio recién controlado en esos años por el pujante Imperio songay y la dinastía Askia, vastas regiones que se habían arrebatado al decadente Imperio de Malí.

Entre la ancha frontera lineal del desierto y el Sahel occidental se erguían las modestas ermitas de los morabitos, donde los fieles peregrinos iban en busca de sabios consejos y donde el morabito les leía el futuro o su destino; estos eran como un oráculo al que visitaban todo tipo de personas y era tradición que al menos una vez en la vida había que ir a platicar con uno de ellos. Hablaban con enigmas, pero se sabía que eran certeros en la palabra, que tenían el don de la profecía tanto individual como colectiva, por eso, incluso...

*Lee el libro completo suscribiéndote [aquí](#)*